

MANUEL LACUNZA: UN APOCALIPSIS ILUSTRADO

El siglo XVIII ofrece un espectáculo literario interesante. Muchos de los autores de este período han sido mantenidos en confuso silencio, principalmente debido al hecho de que los románticos los consideraron todavía parte de la Colonia; pero, sobre todo, porque los mejores de entre ellos se situaron entre dos fuegos inapelables: la Iglesia y el nuevo estado social.

Hay razones para reiniciar su estudio, porque en muchos de estos desconocidos están los fundamentos de lo que será particular en el pensamiento, sobre todo el pensamiento poético moderno hispanoamericano. Manuel Lacunza, uno de los jesuitas chilenos expulsos (1767), adopta una perspectiva nueva en América desde la cual reevalúa la tradición hermenéutica. El examen de su obra¹ ha estado a cargo casi exclusivamente de teólogos e historiadores, cuyos objetivos son diferentes a los nuestros, interesados más que nada por el texto y su ubicación dentro de un macrotexto literario hispanoamericano.

En el espacio con que contamos, nos limitaremos a presentar algunas de nuestras observaciones preliminares.

1 El elemento proxémico²

Hay que situarse en un momento de nuestra historia en que la iglesia católica, ansiosa y necesitada de buenas relaciones con los estados europeos, especialmente España, sacrifica a la orden que más ingenuamente se había planteado la tarea evangélica en nuestra América. Los enemigos seculares de los jesuitas, justificándose en algunos de sus excesos (independencia y poderío económico, criterios exclusivos en cuanto al voto de lealtad), consiguen su anulación y expulsión del territorio americano. Esta realidad determina un tipo especial de "scripteur": entre timorato y rebelde, entre ferviente y resentido. El temor a la censura, tanto estatal como eclesiástica, engendra un discurso que se abre pocas veces al nivel de lo explícito, con extraños cambios de humor y de tono. Lacunza, en Imola, pasó años de silencio, incluso sin abrir la Biblia, por temor al error y a la condena. Son muchos los libros

que, al decir de Lacunza, pasan "del vientre a la sepultura sin discreción ni misericordia." Son muchos también los "sabios de clase inferior" (I: xxxvii) que se confunden con los sabios auténticos. Se siente (I: xxxvi) "un hombre oscuro e incógnito ... antes confundido con el polvo, y en cierto modo contado con los malvados."

La cercanía proxémica de la voz autorial es notoria a lo largo de todo el texto: "me puse a pensar ayer," "me salí a desahogar al campo." Su necesidad de "oír a Cristo" resulta conmovedora. Parece lamentar que las autoridades sean los profetas y los apóstoles, en vez de atenerse a lo dicho por el Mesías. El uso del "nosotros" resulta también patético cuando, desde la dedicatoria del libro, lo explica, no como "nosotros, los hispanoamericanos," "nosotros, los chilenos" o "nosotros, los jesuitas," sino como "nosotros, los judíos." Y es especialmente dramático el momento en que llega a definir el sentido del Anticristo y vuelve su atención crítica al sacerdocio apóstata de siempre que en su tiempo ve incrustado en la iglesia misma, presidiendo sobre ella, a la vez que la ramera apocalíptica que cabalga sobre este Anticristo es Roma, no la del imperio, sino de la iglesia, que ha contaminado su cuerpo eclesiástico de sensualidad, lujuria, materialismo, hipocresía y mentira.

2 El destinatario inteligente

Aunque su deseo sería llegar a todo el mundo, reconoce que sólo cierto tipo de gente podrá aceptar lo que él llama su "sistema." Escribe, no para los enfermos, ni la plebe (de acuerdo a su sentido de la disciplina), sino para los sacerdotes (I: LV-LVI), aunque no todos. Rechaza lo que no está en el texto bíblico, lo cual define como "ideas tan extrañas y ajenas a las Escrituras" (LVII). El peor daño lo han hecho los intérpretes: Rabinos-Maestros, es decir, aquellos que se han creído con la autoridad para decir que 'esto' significa 'esto otro'. Estos sacerdotes son los que llama escribas, fariseos o legisperitos. Son ciegos que guían a otros ciegos.

El verdadero destinatario es aquel que está dispuesto a un "estudio formal" de la Biblia, y no aquel interesado sólo en una "lección superficial." Se llama este destinatario: "Cristófilo," aficionado y amigo de Cristo, es "sacerdote," "sabio" y, en consecuencia, recibe el apelativo de "señor."

3 La razón frente al canon

El sentido "sagrado" del "texto" domina, por supuesto, todo el comentario de Lacunza. El problema no está en el texto sino en "las nubes" que impiden ver "el cielo azul." Trabajo fundamental será pues despejar el cielo textual de las nubes que lo empañan. Y esto es tarea de la razón (que a veces hace equivaler a cordura e inteligencia). El mismo texto sagrado puede ser despejado filológicamente, como cuando explica el número 666 de la Bestia como una combinación de las letras de la escritura griega de este número que da la combinación "reniego" (la interpretación generalmente aceptada en nuestro tiempo).

Su defensa de la literalidad frente a la traducción alegórica de los textos tiene no sólo como fundamento el respeto de la escritura sagrada, sino una general actitud irónica frente a la mayor parte de los comentaristas. Así es como asegura que la "letra mata" sólo cuando se la ha traducido o interpretado mal, nunca cuando se toma en su exacto sentido. El exacto sentido no lo entiende Lacunza como de exclusiva responsabilidad de la palabra aislada, sino de la transformación que puede experimentar en su contexto y su intertexto.

De allí su afirmación sobre la pluralidad de sentidos que pueda atribuirse a un texto. Hay, por supuesto, la seguridad de que uno de esos sentidos tiene que ser el correcto, pero el nivel en que este sentido se establece dependerá mucho de a quien se habla: es diferente cuando Cristo o Pablo hablan a la masa que cuando hablan a sus apóstoles, así como también cambia Cristo su forma de expresarse cuando responde a las preguntas de los fariseos; en este caso, tiende más a hablar en parábolas.

También es diferente cuando Pablo o Juan el Divino, el autor del Apocalipsis, escriben. En este caso, el sentido que debe predominar es el literal, frente al alegórico, anágogico, tropológico o místico. Por supuesto, hay que tener cuidado con la letra que determina este sentido; por ejemplo, "día" se define en el macrotexto bíblico como una extensión de tiempo dotada de sentido unitario pero que no se atiene a las diez o doce horas de su duración. Así, el día en que Noé desciende del arca, se instala, planta una viña, la vendimia y se emborracha, no puede ser de diez o doce horas. Así la referencia bíblica a los mil años del milenio. Esta noción de "mil años" ni siquiera excluye la eternidad. Por eso termina el análisis con una imploración burlesca: "No estrechemos tanto

el día del Señor" (I: 159).

Entre los otros sentidos posibles de los textos destaca el acomodaticio, suponiendo alguna intención inmediata o coyuntural en la base de lo dicho. Pero también hay otros que vienen a ser de responsabilidad exclusiva de los lectores, como el sentido impropio, el violento y el ridículo. Lo más repugnante para Lacunza parece ser lo que explícitamente rechaza: primero, que haya algo que "no se podrá jamás entender" o, segundo, que haya algo que sólo "se entenderá allá en el cielo."

El sentido correcto, pues, es algo situado en aquel punto en que el texto sagrado y la razón coinciden. En las ocasiones rarísimas en que esto ocurre, vemos a Lacunza alzar su voz al cielo rogando por una explicación, aunque acepte humildemente que se le niegue.

4 El sentido ruptural de su razón

Es claro que este acercamiento entre canon y razón tiene dos consecuencias opuestas y fundamentales: tiende a alejar el discurso de cualquier realidad de su tiempo y, a la vez, a acercar este discurso a esta misma realidad por el camino de la razón universal. Al producirse esta temblorosa conexión entre razón y texto, la voz discursiva asume con claridad y sin claudicaciones la consecuencia inevitable: su ruptura con la tradición del comentario hermenéutico, tanto el del canon como el de los herejes, y su riesgosa proposición de un nuevo "sistema." Asume con valentía, y hasta con gozo, que su libro contenga "una proposición que pone en gran riesgo, o por mejor decir, destruye enteramente todo [el sistema conocido de la hermenéutica]." Y la novedad reside en dos cosas: la lectura literal y la claridad de la razón.

5 Utopías

La venida del Mesías en gloria y majestad culmina y se sustancia, desde luego, en una utopía, como ocurre con casi todo el ensayo hispanoamericano posterior, y los conceptos de espacio absoluto, maravilloso que operan en la narrativa y la lírica modernas.

Las utopías, según Lacunza, son de tres tipos:

- a) las sensuales y materialistas,
- b) las de quienes imponen --probablemente motivados por el resentimiento y el espíritu de venganza-- una ideología, doctrina

o interés particular, v.gr: judaizantes (todo el mundo estará circunciso y sometido a la ley de Moisés),

c) aquellas cuyos fervientes cultores no osan definir, de las que evitan hablar o asumen en sentido negativo. Sólo se explicita lo que no ocurrirá: los maridos no copularán con sus mujeres, no habrá comida ni bebida, probablemente tendremos un cuerpo invisible, etc.

6 El sentido de la ironía

Es este un recurso general del libro ya señalado por algunos críticos: las víctimas de la ironía son los anteriores comentaristas y aquellos intérpretes armados del canon eclesiástico. Un ejemplo elocuente es su ironización de la proposición de que la venida de Cristo y el juicio universal sean simultáneos. La simultaneidad implica, en realidad, que la venida y el juicio o no deben tomar tiempo o han de necesitar de pocos minutos. Cito:

...[actúan] como si este tiempo fuese propio suyo, como si fuese dinero en manos de un avaro, así lo escatiman: así lo escasean, así aprietan la mano al quererlo dar, que es imposible que baste ni aun para la centésima parte del gasto necesario. Conceden ... que los santos realmente resucitarán primero; pero añaden luego con una extrema economía que bastarán para esto algunos minutos: por ejemplo, cinco o seis.... Esto parece todavía mayor milagro que saciar a cinco mil personas con cinco panes. Veamos no obstante, la facilidad admirable con que todo se hace. Viene ya Cristo del cielo a la tierra, en la gloria de su Padre con sus ángeles: a su imprimera voz resucitarán al punto los que la oyen, esto es, todos sus santos: y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros. Resucitados estos, luego inmediatamente se levantan por el aire a recibir al Señor, y gozar de su vista corporal: juntos con ellos se levantan también, o son arrebatados los santos vivos que hubiere entonces en la tierra. Estos vivos que no han pasado por la muerte, mueren momentáneamente allá en el aire antes de llegar a la presencia del Señor. Sus cuerpos, o se disuelven en un momento, o no se disuelven; porque no hay necesidad indispensable de tal disolución. Si llevan algunas culpas leves que purgar,

o las purgan allí mismo en un instante, o van dos o tres instantes al purgatorio, quedando entre tanto sus cuerpos suspensos en el aire.... Vamos adelante, y no perdamos tiempo, que todavía lo hemos menester para lo mucho que queda por hacer. (I: 109-110)

Un ejemplo de autoironía del discurso, ya destacada por Walter Hanisch Espíndola,³ es aquella afirmación con que comienza su estudio de la Mujer sobre la Bestia: "Cansado me tiene el Anticristo, y todavía no está concluido."

7 La promesa

Lacunza resuelve el sentido del apocalipsis en una especie de mantención eterna de la promesa divina. Desde la promesa a Abraham: la tierra prometida, o que su descendencia dominará por sobre los otros pueblos, hasta las promesas posteriores incluso al advenimiento del reino de Dios. Pero estas promesas están acompañadas de amenazas, una de las cuales consiste en la postergación de su cumplimiento.

Aquí opera un sentido religioso de la postergación. El concepto de tiempo intermedio, deducible de varias promesas que se suceden a lo largo de la Biblia, es, sin embargo, invertido en la interpretación de Lacunza. Los años errabundos por el Sinaí son transformados en los miles de años de alegría, desde la venida del Mesías y la resurrección de los santos, hasta que se suelta el Dragón, la resurrección del resto de la gente y el juicio universal.

Esta dilatación del tiempo anticipa este sentido de postergación de las utopías que opera a lo largo de todo el pensamiento moderno hispanoamericano e incluso en la poesía de sentido político: la dilación y diferimiento de promesas es notorio, desde el Neruda de *Los versos del capitán*, hasta el Gelman de *Hechos y relaciones*. El "no-ser-siempre-todavía" heideggeriano parece incrustarse en una ontología binaria del ahora/siempre, y el después/nunca.

8 Las nubes

Los paradigmas de las "nubes," como los llama Lacunza, inciden en una preferencia colectiva por el ocultamiento de lo absoluto, el que nuestro autor atribuye especialmente a los comentaristas tradicionales y

a la iglesia. Se funda en una manera oscura de leer la Biblia: alegórica y anagógica, y tendiente a evitar los puntos difíciles o peliagudos de la hermenéutica.

Pero esta dialéctica tradicional del catolicismo que lo conduce a aislar lo absoluto y lo sagrado en zonas recónditas y misteriosas, se convierte también en un placer, en el placer de las cajas chinas, o en una danza de innumerables velos. Lacunza ironiza a los autores eclesiásticos que gozan en construir estas nubes, y utiliza este lenguaje para ridiculizar a quienes no se atreven a leer literalmente los textos sagrados. Esta actitud lacunciana es también central en el pensamiento moderno hispanoamericano, donde el cielo de Ariel se cubre dichosamente con cuanta nube calibanesca se le ocurre a Próspero. Se crea así una ontología que, primero, escoge un valor fundamental, y luego, lo esconde. Los ejercicios más brillantes en este sentido son los de los poetas parnasianos, simbolistas, y todo el vanguardismo, desde Huidobro hasta Girri y Juarroz.

9 Distopía o contrautopía

Por último, un tema demasiado largo para tratarlo aquí: todo el tomo III de *La Venida* está destinado a aclarar la promesa del milenio y la Ciudad de Dios. Una astuta descripción anafórica de la construcción del Apocalipsis le permite situar el descenso de esta ciudad, como una especie de gigantesca nave espacial, antes del juicio, aun cuando se relata después. Lacunza cree probar que el escritor de este libro emplea la técnica de construir sucesivos relatos que son, sin embargo, paralelos, como si cada vez volviera a empezar su narración para reenfoclarla desde un punto de vista distinto.

Entonces, el descenso de la Ciudad de Dios ocurre al comienzo del milenio. Esto implica que la aparición del Dragón y el genocidio universal que ocurrirá durante el juicio final, son posteriores a esta utopía tan espléndida. Y a la vez que no se sabe cuánto durará realmente el milenio, tendremos además que suponer que los santos que habitan la Ciudad de Dios estarán siempre en vilo.

En fin, esto incide en el sentido distópico que tendrán las "utopías" desde los primeros albores del pensamiento moderno. Nuestra modernidad ha producido muchas de estas utopías terribles. Las vemos en Martínez Estrada, Vasconcelos, Murena; se nos resuelven en las

Comalas, Luvinas, Macondos, Santa Mónica de los Venados, Tlones, lugares distópicos de que está poblada la narrativa hispanoamericana. Es la ciudad aterradora descrita por Darío (Nueva York) hasta llegar a la de Gonzalo Millán. La que desencadena esos genocidios argamedónicos que podemos leer en Juan Gelman, Raúl Zurita, Tomás Harris o José Emilio Pacheco. La distopía final parece distorsionar el sentido de lo santo así como el valor de ser elegido. La literalidad de la Biblia puede ser espantosa. Se entiende que *La Venida...* haya sido incluida en el *Índice*.

Situado entre dos fuegos, el de la nueva razón y el del canon eclesiástico, este libro de Lacunza fue también puesto en ese otro Índice más solapado que construye la historia secular, y vive en el limbo de la marginación en que están muchos de nuestros grandes libros de la América hispana.

Notas

- 1 *La Venida del Mesías en Gloria y Magestad. Observaciones de Juan Josafat Ben-Ezra, hebreo-cristiano: dirigidas al sacerdote Cristófilo*, tres tomos (Londres: R. Ackermann, Strand, 1826). Citamos por esta edición.
- 2 Proxémica: "the interrelated observations and theories of man's use of space as a specialized elaboration of culture" (Edward T. Hall, *The Hidden Dimension* [Garden City, NY: Doubleday, 1966] 1, passim).
- 3 Walter Hanisch, "Lacunza o el temblor apocalíptico," *Historia* 21 (1986): 355-378.